



Evelyn Arach

## Fuera de cámara

Arach, Evelyn

Fuera de cámara / Evelyn Arach. - 1a ed. - Rosario : Brumana, 2022.

196 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-48046-7-9

1. Crónica Periodística. I. Título.

CDD 070.444092

Foto de tapa: Virginia Benedetto

©Brumana Editora

brumana.editora@gmail.com

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Todos los derechos reservados.



*A Sami, por su amor infinito*

*A mi mamá, a mis abuelas, a mis tías y a cada mujer  
que me dejó escucharla*

*A Javi, a mi viejo y a mi hermano por acompañarme  
siempre*

*A Sonia Tessa, por su enorme generosidad y la lectura  
criteriosa de cada texto*

*A Mauro Aguilar por tomarse el tiempo de ayudarme a  
corregir*

*A Laura Rossi y Caro Musa por la edición del libro*

## Prólogo

Evelyn Arach recorre la ciudad en busca de noticias. Es cronista de un canal de televisión. Llega, hace una nota y se va. Cuenta frente a la cámara en pocas palabras lo ocurrido, más de una vez contiene las lágrimas. Son pocos minutos, y luego otra noticia, y otra, y otra más. Muchas por día.

Todo podría quedar ahí, en un sobrevuelo que cumple estrictamente con la responsabilidad de informar. En la combustión rápida de un suceso.

No es lo que ella quiere. Evelyn recorre la ciudad en busca de historias. Cuando termina el informe televisivo, no se desprende de los relatos, de los rostros, de las miradas. Las acopia para convertirlos en palabras, para llevarlos un poco más allá, para transmitirlos con su propia mirada.

Hay palabras que se ponen de moda. Empatía, por ejemplo. Esa capacidad de entender las vivencias y emociones ajenas. No se trata de ponerse en la piel del otro, sino de mirarlo sin indiferencia ni compasión. De hacerle lugar al diálogo.

Si Evelyn traspasa las exigencias de su trabajo coti-

diano y las convierte en crónicas es porque su compromiso está más allá de las modas. Es una forma de ver la vida. Escuchar y acompañar. Para ella, contar es -también- una responsabilidad.

Y así, la violencia urbana de Rosario son las balas que traspasan una puerta, el relato de una abuela, el llanto de una madre, la mirada de una niña.

En sus crónicas, la ciudad de los márgenes se hace central, cada vida cuenta. Y merece ser contada.

La violencia machista es el relato de una médica que se despertó en un hospital sin saber lo que le habían hecho, y que luchó para ser escuchada. Eso hace Evelyn, escuchar con atención, y reflejar amorosamente.

Las palabras elegidas para contar forman un mundo nuevo. El de Evelyn es un mundo atento al sufrimiento y la ternura. Las emociones forman parte de una forma de mirar, y por eso, puede abarcar el amplio abanico de lo humano.

La revolución de las mujeres kurdas, a 12.000 kilómetros de distancia, parece cercana. La carpintera que desafió los estereotipos desde hace décadas se hace presente.

Con la misma ternura muestra a sus compañeras de escuela, el abismo de dolor de su madre, la tozudez de la abuela.

La voz de Evelyn desliza las historias, pone el foco en el corazón, y con esa luz se detiene en los detalles de la

experiencia vital, en esos pequeños gestos que dan sentido a la vida.

Las crónicas de Evelyn trascienden los rayos catódicos y dejan que las palabras hagan lo suyo: dejar una huella en la memoria.

*Sonia Tessa*

Virginia Benedetto: En busca de la  
revolución

“Virginia Benedetto: en busca de la revolución” fue publicado en la revista *Continuidad de los Libros* (<http://continuidadde-loslibros.com/virginia-benedetto-busca-la-revolucion/>) que dirige la periodista Violeta Serrano y que recoge crónicas de toda hispanoamérica.

El viaje se pospuso dos veces a causa de los bombardeos. La fotógrafa rosarina Virginia Benedetto tuvo que esperar más de dos años para concretar su proyecto. Y cuando por fin las condiciones parecían óptimas, un nuevo ataque al pueblo kurdo en Siria y Turquía recrudeció la violencia. Le advirtieron del peligro. Pero ella estaba decidida. Así que sacó los pasajes y armó las valijas. Miró el almanaque: octubre de 2018. Tenía trece mil doscientos kilómetros por delante.

La noche previa a partir, le dejó en el cajón de la mesa de luz una carta a su compañero de vida, Lautaro Sarmiento: “Pibito, voy a atravesar la experiencia más grande de mi vida. Quiero que sepas que te llevo conmigo, que voy a pensarte mucho, que voy a extrañarte mucho (...) Te amo. Hasta la Victoria Siempre”. Las mismas palabras que había escrito Ernesto Che Guevara al irse de Cuba en 1965, esas que los dos admiraban tanto. Esas que los había unido desde la primera charla, un año antes.

Esta despedida no era cualquier despedida. Virginia, de 38 años, dejaba Argentina para ir a una región en

guerra a contar con su lente historias desgarradoras. Era probable que no regresara. Había perdido compañeras en la misma misión. Ambos lo sabían. Sin embargo, la convicción se impuso al miedo.

“Conocí a una mujer kurda en 2016, durante el Encuentro Nacional de Mujeres que se hizo en Rosario. Allí supe que existía una revolución que se estaba librando en pleno siglo XXI y que además era comandada por mujeres. Y quise estar. Mi sueño era ser parte de una revolución capaz de liberar a los pueblos oprimidos como ocurrió en Cuba. Por mi edad no pude ser parte de aquella lucha ni de la que se libró en los años 70 en la Argentina, así que sentí que esta era mi oportunidad, en mi propio tiempo”.

Durante la entrevista lleva un vestido rojo y calzas negras. Se sienta de costado y pausadamente, revive el entusiasmo de aquellos días. Durante un mes visitó las regiones de Irak y Siria, habló con docenas de mujeres, de “compañeras”. Su misión fue y es hacer visible el dolor de un pueblo que lucha por la autodeterminación en Medio Oriente: el pueblo kurdo, que es violentado una y otra vez.

El territorio de Kurdistán está hoy dividido entre cuatro estados: Irak, Irán, Siria y Turquía. Su existencia se remonta a 600 años antes de Cristo y es previa a la formación de esas naciones. Pero las cuatro quieren su

exterminio y han implementado sucesivos genocidios. El último recayó sobre un pueblo llamado Shengal, ubicado al norte de Irak. La organización terrorista Isis impuso la crueldad más extrema. “Ataban a las mujeres y las violaban hasta que morían de hambre o de sed. También obligó a otras mujeres a comerse a sus propios hijos y desapareció a niñas tras violarlas para venderlas en el mercado de esclavos”, cuenta Virginia.

“Eso ocurrió en 2014, cuatro años antes de que yo llegara. Estuve diez días en Shengal y no podía creer la brutalidad y la crueldad de la que un ser humano es capaz. Pero también vi la determinación de ese pueblo a no doblegarse: con los escombros de la destrucción construyeron caminos”, dice Virginia con los ojos húmedos y la admiración que le provocan los y las sobrevivientes. Una de ellas es una mujer que, ante su presencia, ante su interés por escuchar y reconstruir aquella historia para contarla al mundo, guardó por horas el más absoluto silencio. La fotógrafa entonces le explicó que, en su lugar de origen, Latinoamérica, ha habido numerosos dictadores, genocidas y torturadores. Que en su propio país, Argentina, la última dictadura militar desapareció a 30 mil personas. Que la abuela de su compañero de vida, Lucrecia Ramona Villalonga, había muerto en 2013 buscando incansablemente a su hijo Mariano, a quien los militares habían secuestrado y desaparecido para siempre. Porque los genocidas no conocen fronteras, ni llevan cuenta de



la sangre derramada. Porque los opresores y los oprimidos existen desde que el mundo es mundo. Y también existen quienes no doblan sus rodillas.

Traducido el relato, porque Virginia no habla kurdo, la mujer levantó la mirada y contó que era madre de cuatro hijos a los que Isis había asesinado. Uno a uno. Que ella había sido víctima de reiteradas violaciones. Pero que, cuando las milicias kurdas bajaron desde las montañas e hicieron un cordón humano para que ella y otros habitantes de Shengal pudieran escapar, supo que existía la esperanza. Vio mujeres y hombres con fusiles poniendo el cuerpo para salvar a sus compañeros y compañeras del horror. Y tan pronto Isis se fue, ella regresó y fundó una cooperativa de mujeres que fabrican vestidos para todo el pueblo. Dijo algo que a la fotógrafa la marcó para siempre: “Ahora sé que ningún hombre debe decirme cómo tengo que vivir”.

“Que una mujer, que sufrió el dolor más inimaginable, pueda tener esperanza y autonomía gracias a un grupo de milicianos y milicianas que arriesgaron la vida por ella... eso es la revolución”, dice Virginia.

Shengal es todavía una ciudad que se erige sobre su propia destrucción. En las fotos que Virginia tomó, es posible ver un montón de escombros que se abalanzan como olas sobre edificaciones en ruinas. Allí donde hubo vida todo es ruina: hay edificios demolidos como si un gran terremoto hubiera instalado la devastación. Pero

no. No ha sido un terremoto, sino el genocidio número 74 al que sobrevive esa ciudad.

Otra foto muestra a una mujer junto a sus vestidos recién enhebrados. Su rostro es el rostro del dolor. Sus manos tienen el poder de la esperanza.

¿Cómo es posible que seas tan buena fotógrafa?, pregunto.

Virginia se sonroja, no le gustan los halagos. Trabaja en La Capital, el diario más antiguo de Rosario, la segunda ciudad más importante de su país. Es reconocida por su labor. Por su capacidad de ver y captar. Pero no presume. Nunca. Llegó hasta allí de la mano de sus convicciones.

Mientras estudiaba Psicología (Nd R: tiene cuatro años cursados en la Universidad Nacional de Rosario) militaba en una agrupación estudiantil de izquierda: la Santiago Pampillón, que reivindica a un joven asesinado por la policía en 1966. “La agrupación necesitaba una fotógrafa y entonces empecé a estudiar fotografía. Si la agrupación hubiera necesitado que aprendiera a pintar las paredes de las casas, yo habría aprendido. Porque estaba al servicio de la agrupación”. En ese momento, luchó activamente por los derechos de las y los estudiantes, fuera y dentro de los claustros. Y así, se transformó en una fotógrafa brillante.

Aunque lejos del statu quo que la burguesía impone.

Hija de una comunicadora social y de un médico, sintió que la psicología era más bien un mandato familiar y decidió abandonar la carrera definitivamente, para entregarse de lleno a la fotografía. Desde allí solo le importa contar el mundo y sus injusticias. Reivindicar a quienes las combaten. Aunque en ese intento arriesgue su propia vida.

La primera vez que vi a Virginia Benedetto fue en enero de 2015. Las dos quedamos cuerpo a tierra durante un tiroteo en Barrio Ludueña, Rosario. Porque un adolescente miembro de una red de narcotraficantes disparó hacia donde estábamos los trabajadores de prensa dialogando con vecinos que destruían un puesto de venta de drogas. Nos refugiamos detrás de un muro. Hasta que pudimos escapar. Ella nunca dejó de ir a los barrios más pobres de la ciudad. Y sobre todo nunca dejó de sentir pena por ese niño al que enviaron a matarnos y que pronto enviarían a morir los poderosos invisibles que manejan las redes de la narcocriminalidad.

Ir a un territorio que puede ser bombardeado por el Isis en cualquier minuto es aún más peligroso.

### *Dicho en kurdo*

Antes de viajar trece mil kilómetros con una cámara en la mano y un sueño enhiesto, Virginia Benedetto tejó

redes, lazos de confianza con mujeres de Kurdistán que estuvieron dispuestas a recibirla. A dos años de aquel registro fotográfico, Melike Yassar, representante de las mujeres kurdas en América Latina y miembro del Congreso Nacional de Kurdistán, hace una valoración de ese trabajo:

“Lo que la compañera hizo es fundamental: demostrar que la principal lucha de nuestras mujeres no es la lucha armada, sino la lucha por un lugar de igualdad dentro de la sociedad. Perteneíamos a una sociedad que mataba a las mujeres en nombre del honor, que no nos permitía existir en el sentido pleno de la palabra. Los kurdos tenemos una propuesta antifascista, antisexista y de convivencia religiosa. Esa es la verdadera amenaza para los grupos terroristas y para los estados que los apoyan. Las fotos de Virginia hoy son una referencia en toda América Latina”.

Todo Kurdistán tiene su esperanza puesta en que las Naciones Unidas y la OTAN detengan los intentos de exterminio. Pero para eso necesitan que la comunidad internacional sea capaz de verlos.

Y el lente de una cámara, aprendió la reportera gráfica, puede ser usado para exigir el cese del fuego. Para agitar el blanco pañuelo de la paz. O para exacerbar el peligro que acecha a quienes son retratados.

Para reafirmarlo cuenta una anécdota. En una de las ciudades que visitó vio a tres niños jugando en la calle y

comenzó a cliquer. Se trata de una imagen inusual en lugares donde los ataques recientes sembraron pánico. “Entonces uno de los nenes se da vuelta y dice algo en kurdo que yo no comprendo —cuenta—. Cuando le pregunto a mi compañera ella traduce: “Basta fotógrafa, que después van a bombardear mi casa”. Eso había dicho el niño. La reportera piensa en colegas suyos que viajan a la guerra para vanagloriarse de haber estado allí y tal vez por eso terminan exponiendo y revictimizando a quienes padecen el horror.

Entonces repite una vez más, como si fuera un credo, y acaso lo sea, que ella cree en esa revolución. Y la acompaña. Desde el más profundo respeto. Desde el más profundo dolor.

### *Las fotos*

Las fotos que Virginia Benedetto sacó en distintas ciudades y pueblos de Turquía y Siria, son tantas que su autora no se anima a cuantificarlas. Conmueven. Revelan la destrucción de los bombardeos: las casas rotas, partidas, descuartizadas como si hubieran sido de papel. Pero también: las manos entrelazadas de mujeres y niñas, la sonrisa estallada en un rostro terso y al sol. Sonrisa luminosa que sobrevive al horror y al espanto. Una cara

hecha surcos. Una mano puesta en el pecho, cuyos dedos acarician la estrella roja sobre el uniforme miliciano.

La reportera gráfica incluyó en su registro al campo de refugiados Makmur, que pasó de ser un desierto habitado por serpientes y escorpiones en los 90 a convertirse en una ciudad con cinco escuelas. En ella prevalece la educación igualitaria: las niñas tienen el mismo derecho a instruirse que sus hermanos varones. Y todo sucede, por si alguien no lo nota, justo en el corazón del más exacerbado patriarcado de Medio Oriente.

El registro gráfico ya ha sido expuesto en una muestra realizada en la Legislatura de la Provincia de Santa Fe, Argentina; en otra organizada por el Sindicato de Trabajadores de Prensa de Rosario; en las calles de Bogotá, Colombia, de la mano de Multicultura. Y estaba en tratativas de llegar a Europa cuando se desató la pandemia del COVID-19.

Incluso una prestigiosa curadora europea inició un proyecto. Pero quedó trunco. Y Virginia Benedetto se sincera: “Ella miró una foto de Shengal y tildó al paisaje de exótico. Digo: vio las casas demolidas por los bombardeos, la destrucción más absoluta, la vida latente que no sobrevivió al horror, la crueldad... y lo llamó ‘exótico’”. Si alguien no puede condolerse ante eso y solo pretende ver arte, tal vez esté mirando desde un espectro que la autora considera banal y lo que es peor: falta de ética.

El sentido de estas fotografías en blanco y negro o

a color tienen su raigambre más honda en el humanismo. Y en la búsqueda de personas que se hagan carne de tamaña injusticia. Que desde su lugar contribuyan a la revolución. En esa búsqueda, la reportera invierte su energía. Cree sin tapujos que ninguna causa está perdida cuando los ojos se vuelven eco y latido y grito. Cuando la poderosa garganta de los pueblos se une para decir basta.

### *Las montañas*

“Las montañas son las únicas amigas de los kurdos”, reza un dicho de ese pueblo, que lucha por la autodeterminación, por la preservación de su idioma, su cultura, su idiosincrasia, su territorio. Las que lideran esa lucha armada en las montañas son mujeres. Y esa es la parte de la revolución que más seduce a Virginia.

El Confederalismo Democrático, que es el sistema que rige Kurdistán, establece que el patriarcado es la opresión primigenia sobre la que se fundan todas las otras formas de opresión. La doctrina sostiene que con el patriarcado el hombre se dio cuenta de que era capaz de explotar a otros y otras. Por eso la lucha por la liberación debe ser comandada por mujeres.

“Existe una banalización de las kurdas con el fusil al hombro, fotos que muestran mujeres hermosas cargan-

do un arma. Pero eso no es lo que ellas eligen. No les queda otra opción si en cualquier momento el estado turco, sirio, iraní, iraquí y su brazo terrorista pueden exterminarlas. Yo quería mostrarlas desde otro lugar. Y por eso fui a vivir con ellas”.

La noche que llegó, sin celular, sin ningún tipo de comunicación que pudiera rastrearse, a escondidas y con la palabra empeñada de mantener la más absoluta confidencialidad, hubo momentos de tensión. Los drones del estado turco sobrevolaban el escondite de las milicias kurdas.

“Los drones tienen un sonido metálico similar al del viento, hay que aprender a escucharlos para tomar medidas de protección. No puedo precisar cuáles porque eso sería exponer a las compañeras. Pero en ese momento, yo todo el tiempo pensaba en la muerte. Sobre todo, cuando con el correr de los días me di cuenta de que los drones estaban siempre. Y que ante cualquier movimiento detectable bombardearían la zona”.

—¿Y cómo es vivir en un lugar donde un bombardeo está latente en todo momento?

—Al principio fue difícil. En un punto yo decía: si me muero, me muero acá, la causa es justa. Pero no me quería morir —sonríe, suspira—. Eran días de mucha tensión, de mucha ofensiva. Lo primero que me dijeron esa noche fue: “Que el enemigo no se te meta en la cabeza”. Uno tiene que seguir viviendo. Entonces puse el acento

en otras cosas: empecé a admirar a esas mujeres, su determinación, su solidaridad, su convicción, su entrega.

El sonido que más recuerda ahora Virginia de aquella serranía miliciana donde el peligro acechaba a toda hora, no es el zumbido metálico de los drones asesinos, sino la risa de sus amigas kurdas. Cuenta que le hacían chistes todo el tiempo.

Por ejemplo, se dieron cuenta de que ella no sabía comer el fruto que más les entrega la montaña: la granada. “Acá en Rosario no es común, así que yo comía solo las bolitas rojas y se me cagaban de risa, hasta que me enseñaron. O cuando cocinaban: su comida es muy picante y a veces no me avisaban para ver cómo reaccionaba... Nos reíamos mucho”.

Allí todo se raciona para compartir. No importa cuántas nueces dé el nogal. De ese árbol deberán comer todos y todas durante varios días. No hay lugar para egoístas. “No importa que tengas un millón de dólares”.

Virginia dice que fueron días de supervivencia a fuerza de un sentido del humor inmutable y sobre todo de abrazos continuos. “Fue una experiencia muy humana, muy humilde, donde incluso había un reconocimiento hacia el lugar del que yo provenía: el pueblo latinoamericano. Y Rosario, la ciudad donde nació Ernesto Che Guevara”.

En las fotos que ella registró en aquellas montañas hay una mujer sentada junto a un río transparente y de cuclillas, bebiendo agua. Otras mujeres caminando en medio de la maleza. Una fogata encendida y un grupo alrededor de ese fuego amigo. Una anciana mirando los restos de una casa devastada por un bombardeo. Lo que casi no se ven son fusiles. Porque estos se irán cuando la guerra desaparezca. Y mientras tanto la resistencia supone una hermandad infinitamente superior a la de cargar un arma.

“Apenas llegué a Kurdistán una compañera me dijo: “Yo estoy dispuesta a morir por vos”. Y cuando volví supe que yo también estaba dispuesta a morir por ellas”, dice Virginia. Y se le quiebra la voz.

No murió. Llegó sana y salva, aunque nunca volvería a ser la misma. La reportera gráfica que bajó del avión a fines de 2018 era una mujer que había vivido una revolución. “Aprendí que no es posible quedarse tecleando en el dolor. La guerra es un agujero negro, no hay dimensión ni palabras que puedan describirla. Entonces asumir al enemigo es saber que nos caeremos mil veces, pero mil veces volveremos a estar de pie”.

En el aeropuerto esperaba ansioso el profesor de historia Lautaro Sarmiento. Apenas la vio corrió a abrazarla. Lloraron hasta que a ninguno de los dos le quedaron lágrimas. Y un año después de aquel abrazo infinito supie-

ron que iban a ser padres. La llamaron Ramona, como su bisabuela Lucrecia Ramona Villalonga, Madre de Plaza de Mayo, luchadora por los derechos humanos. Como el hijo de aquella mujer: Mariano Ramón Martínez, que sigue desaparecido. Como la comandante Ramona, del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en México.

Ahora Ramona Benedetto Sarmiento tiene ocho meses y sonrío en las infinitas fotos que le saca su mamá. En una de ellas, está envuelta en un pañuelo blanco casi transparente que a Virginia le entregaron las mujeres yezidíes, las que aún buscan a sus niñas violadas y secuestradas por el Isis. Cuando se lo dieron le rogaron: “No te olvides de nosotras”. Y Virginia no olvida. Suma a Ramona a esta causa porque en esa beba de sonrisa contagiosa y ojos cristalinos viven los más preciados sueños de libertad.

Yahira y la ruleta rusa

“Dios, no te lleves a mi hija”, grita la mujer que viaja sentada en el asiento trasero de una cupé fuego. Es menuda y sus ojos, claros y apagados, ahora están transfigurados por el dolor. Aprieta el bulto ensangrentado de su beba acribillada. Los balazos son ocho: cuatro en los intestinos, uno en la pierna, otro en la cintura y dos que apenas la rozaron. Yahira tiene un año y un mes, y alguien, en esta noche de pesadilla, abrió fuego contra ella.

El relato es tan cruento como inexplicable. La madrugada del 30 de enero de 2021 Alejandra Esquivel y Jonhatan Aguirre dormían junto a su beba, Yahira en su casa de Barrio Godoy, Rosario. Eran las cuatro de la mañana cuando tres tipos armados patearon la puerta de ingreso y, una vez adentro, le dispararon cinco veces a Jonathan. Lo único que Alejandra atinó a hacer fue cubrir a su hija con todo el cuerpo. “Uno de ellos me abrió las piernas y le disparó directamente a Yahira. El blanco era ella”, relata ahora sentada en el pasillo de ingreso al hospital con la mirada desencajada.

De todas las madres que esperan el parte médico de

sus hijxs ese sábado a las 10 de la mañana, ella es la única que está en silla de ruedas porque también fue herida en la pierna. Pero lo que escucha en el Hospital de Niños Víctor Vilela duele más que un disparo.

—Quedate atenta al teléfono, que de esta noche no pasa, el corazón de Yahira no va a aguantar —le dice Hernán, el jefe de la Unidad de Terapia Intensiva.

—Usted no me va a llamar —replica la mujer con una fe tan ciega que el médico no se atreve a contradecir.

“Dios estaba conmigo desde el primer momento”, repite Alejandra con devoción. Tiene 30 años, es madre de 4 hijos y, desde el ataque a Yahira, fue contenida por un grupo de evangélicos que rezan cada noche en la puerta del hospital. Nunca les falta un motivo: en Rosario las balaceras son cosa de todos los días. Cuando Yahira ingresa a la sala de cuidados intensivos, el recuento de los crímenes suma once en diez días. Cada tanto, una de las víctimas —por error o por saña— es un nene, una beba, un adolescente. Los rezos y las cadenas de oración se multiplican ante esas heridas absurdas.

### *Esa noche*

El ataque ocurrió en pocos minutos. Una vez abierta la puerta de metal, los tres sicarios estaban listos para

disparar contra Jonathan y su hija.

Sorprendido por las detonaciones en medio de la noche, B. de 7 años, que dormía en la habitación contigua se despertó y empezó a gritar. El sicario le ordenó que no lo mirara y gatilló. Pero el tiro no salió. Sus hermanos mayores estaban de pie junto a la bacha de la cocina. Mudos. Segundos más tarde, un reguero de sangre se vería en el pasillo por el que Jonathan y Alejandra salían a buscar ayuda a los gritos.

El recorrido desde Barrio Godoy hasta el Hospital de Niños aquella madrugada del 30 de enero de 2021 fue contrarreloj, cada segundo caía con el peso de una tonelada. Después de los disparos, la mujer salió con su beba en brazos y encontró a su vecino con el auto en marcha. No atinó a llamar a la ambulancia, porque hubiera sido demasiado tarde. El auto viejo que habitualmente demora media hora en arrancar porque la batería le falla, esta vez se había puesto en marcha al primer intento del vecino, que oyó los disparos y salió como un rayo dispuesto a cargar a los heridos a bordo.

“A mitad de camino Yahira empezó a vomitar sangre”, recuerda Alejandra. “Le pedí que volviéramos al policlínico San Martín, porque no íbamos a llegar al Hospital”.

El policlínico es un centro de atención primaria que funciona en la zona suroeste con los recursos básicos para atender urgencias. Así y todo, lograron estabilizar a la beba hasta que llegó la ambulancia pediátrica. “Ella



se arrancaba todos los cables que le ponían y yo le pedía que se dejara curar, que aguantara, que aguantara. Fue horrible”, resume, como si en esa palabra cupiera el dolor más agudo del mundo. Como si al pronunciarla pudiera lograr que entendiéramos la punzada ardiente, los malos presagios de esa oscuridad.

Cuando por fin llegó, el móvil pediátrico del SIES cargó a la beba y la conectó a un respirador artificial. La médica de la ambulancia miró a Alejandra a los ojos: “Me llamo Paola y voy a hacer todo para salvarla, mamá. Confía en mí”, le pidió. Después la dejó besar a su hija. “La llené de besos, las dos sabíamos que esa podía ser la despedida”.

Yahira mete la mano dentro de la remera roja de su madre, saca la teta y succiona. Luego me mira a mí, como si le estuviera robando ese tiempo que es de ellas. Como si entendiera que esa historia oscura ahora también es parte de su identidad. Increíblemente sobrevivió y no le quedaron secuelas. Los médicos del Vilela se han convertido en expertos en extirpar plomo de esos cuerpecitos menudos que llegan rotos. Pero ocho balas metidas dentro de una lactante era algo que jamás habían visto.

—Hay algo que no entiendo, ¿por qué a mí? ¿Por qué a nosotros? —pregunta Alejandra en medio de la conversación.

—¿Nunca fueron amenazados?

—No. Si querían la casa para poner un búnker me hu-

bieran dejado una nota. Yo se las dejaba y nos íbamos a vivir debajo de un puente. Pero no la vida de mis hijos. Eso no tiene precio.

El contexto es cruento. Una modalidad delictiva que se impone desde hace tiempo en los barrios más pobres de Rosario son las usurpaciones violentas para quedarse con inmuebles estratégicos, que le permitan a las bandas que operan en el territorio vender cocaína o marihuana sin mayores sobresaltos. Para eso disparan contra la fachada, y dejan notas intimidatorias. Muchas veces logran que la familia huya y deje su inmueble aunque se trate de la única propiedad. La casa o la vida. Y hay que elegir.

La casa donde ocurrió la balacera está ubicada en calle 27 de febrero al 7800, en el extremo oeste de Rosario. Un barrio marginal, donde las luces de neón se pierden y el retumbar de las balas es un ruido blanco del que nadie se asombra. Puede haber tiros en esa cuadra, en la siguiente o a la vuelta en cualquier momento del día. A cualquier hora Los ajustes de cuenta por la venta de drogas transformaron ese y muchos territorios en un colador, con puertas, ventanas y cuerpos perforados.

“Igual nunca pensé que podía pasarnos a nosotros”, dice Alejandra, convencida de que su vida alejada del mundo delictivo podía augurarles una vida pacífica. Pero hay lazos de sangre que encadenan irremediablemente, injustamente. Después de dispararle a la beba, el delincuente la miró y le dijo: “Esto es para el Pandu”. El ga-

tillero era un tipo pálido, blanco, como si hubiera estado encerrado por mucho tiempo, recuerda ella sobre el hombre que casi mata a su hija.

### *El Pandu*

Nelson Alexis Aguirre, alias Pandu, tiene 33 años y desde 2015 está detenido en la cárcel de Piñero. En 2017 lo condenaron a 16 años de cárcel por la muerte de un albañil que salió en defensa de un familiar al que sus hombres golpeaban. Su nombre resuena en Villa Banana, donde captaba a pibes muy pobres y muy jóvenes como soldaditos de la narcocriminalidad. Y al menos dos de los miembros de su banda fueron condenados por violar y matar a una nena de doce años, Guadalupe. Se hacía llamar “el jefe” y le gustaba ser temido.

En 2022 volvió a ser noticia. Trascendieron una docena de audios en los que desde la prisión ordenaba disparar, extorsionar y cobrar sumas millonarias en nombre de Máximo Ariel “el Viejo” Cantero y su hijo apodado “Guille”, líderes de la banda narco más famosa de Rosario: Los Monos. En una de las escuchas que expusieron los fiscales durante la audiencia imputativa, una mujer que pertenece a la banda le suplica que saque a sus gatilleros del barrio, porque teme que maten a su hijo. Pan-

du responde con frialdad, con cinismo. Le exige medio millón de pesos.

Pandu es el tío de Yahira. El hermano de su padre.

“Nosotros no tenemos relación con él. No tenemos trato. Mi marido no tiene antecedentes penales, es albañil y cava pozos para hacer piletas. Durante la pandemia nos habíamos puesto a hacer prepizzas y nos iba bien, estábamos ahorrando unos pesitos para poner el piso en la pieza de los chicos”, dice Alejandra, que conoció a su marido hace 4 años, cuando estaba separada de su pareja anterior.

Antes fue vendedora ambulante de ropa, de supresas e hizo changas de todo tipo para mantener a sus hijos. Cuando conoció a Jonathan, él trabajaba en una panadería. La mujer afirma una y otra vez que no tienen nada que ver con el mundo criminal. Que estaba segura de que jamás vivirían una cosa así. “Vivíamos sin miedo, dentro de casa, porque no le hacíamos nada malo a nadie”, dice. Y vuelve a alzar la voz:

—¿Por qué a nosotros? ¿Por qué?

En algunos lugares la vida y la muerte se cruzan como una ruleta rusa. Justos pagan por pecadores. Y puede que se trate de un error o de un mensaje perverso. Se salva el que tiene suerte, como en un juego macabro. Esa sea tal vez la única explicación posible.

En la ciudad de un millón de habitantes, existe una agrupación llamada ‘Pariendo Justicia’ que está confor-

mada por familiares de pibes ultimados a tiros. Algunos por venganza, otros por error, todos con el mismo destino. Durante una manifestación que realizaron el 19 de marzo de 2021 frente a la Gobernación, pintaron cuerpos tendidos en el piso y colocaron junto a ellos cartoncitos con números que indican la cantidad de disparos recibidos. Una mecánica implementada por la Agencia de Investigación Criminal en la escena de una muerte violenta. Allí, Mirta, una mujer que perdió a su hijo, cuestiona el tratamiento que los periodistas hacemos de estas noticias: “Ustedes dicen ajuste de cuenta porque somos pobres. Dicen ajuste de cuentas como si nuestras vidas no valieran nada. Dicen ajuste de cuentas para que el muerto tenga la culpa de su muerte”. No hay réplica posible ante ese enunciado.

Los diarios del domingo 31 de enero de 2021 y los noticieros del lunes siguiente hablaron de una beba baleada “en un ajuste de cuentas”.

### *El milagro*

Yahira estuvo diez días en terapia intensiva en coma inducido. Los cuatro disparos que le atravesaron los intestinos le provocaron una infección que llegó al pulmón y hubo que hacer una cirugía para quitársela, suturar el

intestino delgado y realizarle una colostomía. Todo eso en un cuerpo frágil de 13 meses.

Su recuperación sorprendió a los propios facultativos. El 12 de febrero le quitaron el respirador y fue pasada a sala general. “Los médicos pasaban y preguntaban: ¿Esa es Yahira? Y no podían creerlo”, dice su mamá con una sonrisa plena.

En terapia, cada vez que ella ingresaba a verla le repetía lo mismo: “Dejate curar, todo va a estar bien”. Y así fue. A fines de febrero le quitaron la bolsa de colostomía y, salvo las costuras en el abdomen justo encima del pañal, las hendiduras en las piernitas regordetas y blancas, no quedan rastros de los disparos. Aunque a su alrededor siempre ha habido huellas claras de ese suceso.

Desde el inicio, un guardia de seguridad custodió la puerta de la habitación. La fiscal Georgina Pairola temía que volvieran a atacar a la beba. Entendía, por la mecánica del hecho, que seguía siendo un blanco posible para los sicarios, aunque no lograba desentrañar las razones.

Alejandra ha estado viviendo en el Hospital de Niños Víctor Vilela desde que desconectaron a su hija del respirador. Duerme con ella y ve apenas diez minutos por día a su esposo, en el horario de visitas. Con sus otros hijos se conecta por videollamada. Lleva más de un mes en esa rutina. Quiere que la beba a la que tardó casi dos años en poder gestar, buscándola con ansias, siga viva.

El miércoles 10 de marzo de 2021 Yahira Aguirre

recibió el alta médica. Un verdadero milagro científico que todo el Hospital celebró. Pero no puede irse. Su casa está cerrada con candado porque la familia, a instancias de los investigadores judiciales, ha decidido no volver. Afuera no está segura. Ni siquiera con su padre y sus hermanos. La fiscal no permite que salga del perímetro del centro médico. Está atrapada entre esas paredes donde las camillas, los guardapolvos blancos y los ambos verdes circulan a toda prisa. Donde otros niños y niñas llegan y vuelven a su casa. Menos ella.

Una semana después Yahira sigue ahí. Se instala en el pasillo central y saluda a todos, levanta la mano y la mueve con gracia incluso para despedirse de mí, y eso que apenas me conoce. Todos le respondemos. Es irresistible esa nena de mirada profunda y pestañas larguísimas, de ojos color miel y sonrisa vivaz que apenas habla. Pero se ha aferrado a la vida con una intensidad desproporcionada a su tamaño.

Yahira, la del milagro. Yahira, la sobreviviente. La beba que nació pocos días antes de Navidad y nombraron “la que brilla”. La que vive atrapada dentro de un hospital público porque afuera, un mundo desalmado, sigue jugando sin pausa a la ruleta rusa.

NdeR: diez días después de que entrevisté a Alejandra por última vez, el Ministerio Público de la Acusación asignó un lugar a toda la familia. Un espacio alejado de

la urbanidad en el que están todos juntos, pero bajo la estricta orden de no hablar durante largo tiempo con amigos o familiares. Por precaución. Los sicarios podrían seguir el rastro.

Muerte circular

La mujer se acerca mansamente a la reja de su casa. El pelo blanco, los ojos húmedos, el paso frágil.

—Margarita, ¿qué necesita? —le pregunta un vecino, comedido.

—Necesito a mi hijo vivo —responde y comienza un sollozo lastimero, un grito ronco que le nace de las tripas. Corcovea y se aferra a las rejas para no caerse. Del otro lado del metal el vecino también solloza.

El hijo de Margarita se llamaba Rogelio Germán Aguilera y tenía 35 años. Hasta esa noche, en la que recibió seis disparos en el tórax.

—Le prendieron fuego el auto —cuenta la madre— y cuando salió con los dos extintores, le dispararon. Cayó muerto ahí donde vos estás parada, en la vereda —me dice.

Miro hacia abajo y veo el cemento gris y entiendo que anoche, en este mismo lugar, hubo un hombre muerto. Mi trabajo de reportera televisiva tiene grabados decenas de procedimientos policiales post mortem: la policía valla la zona para evitar que los curiosos se acerquen demasiado. No tanto por la conmoción de una muerte

violenta sino por las fotos que podrían sacar del cadáver. Últimamente he visto más gente interesada en fotografiar a los acribillados para subir su sangre a las redes sociales o enviárselas a los noticieros y portales periodísticos que en llorarlos. Antes, los únicos interesados en filmar un pie inmóvil o una mano tiesa éramos nosotros. Pero internet democratizó la reproducción del morbo a escalas infinitas. Así que la policía los aleja. Nos aleja. Y los camarógrafos pueden usar el zoom de sus filmadoras profesionales sin que ningún celular les arrebathe la codiciada imagen.

Apenas llegan los uniformados buscan siempre dos testigos del procedimiento y realizan las pericias de rigor. Recogimiento de vainas, toma de testimonios presenciales, posibles hipótesis sobre presuntos autores de los disparos. Luego desnudan al cuerpo por completo y lo revisan sobre el suelo para establecer un informe preliminar que será corroborado o corregido en la morgue.

Durante todo ese proceso horroroso, los familiares más cercanos suelen permanecer allí. Es un velatorio íntimo plagado de intrusos que se mueven de un lado a otro con inercia pragmática. Me pregunto si Margarita habrá mirado anoche el cuerpo de su hijo agujereado para siempre por el plomo. Ella, que no debe tener más de setenta años pero aparenta más, repite ahora con su voz ronca de llanto prolongado lo que nadie quiere escuchar: “Necesito a mi hijo vivo”. Sus palabras son un

eco difícil de olvidar. Me estremece. Estoy parada a dos o tres metros de la escena y solo me doy vuelta para asegurarme de que el camarógrafo que me acompaña esté filmando eso. Y sí, está haciendo su trabajo. Nosotros también somos penosos, pienso con rabia.

Y entonces recuerdo que a algunos poderosos les molesta que estemos ahí, mostrando el dolor que deja el fenómeno imparable de los crímenes mafiosos. Mostrando a esa mujer que llora, en lugar de solo decir desde una redacción cualquiera que este es el homicidio número 86 en Rosario. Para que otro responda por lo bajo: “Lo juego a la quiniela. El 86 a la cabeza”.

Hacer visible el dolor, palparlo de cerca es, al menos, un intento de entender. Quizá un intento a punto de extinguirse. Porque ya nadie necesita ir al lugar del crimen para saber qué pasó. Los fiscales tienen un chat de WhatsApp con la prensa y los policías filtran fotos al igual que los curiosos. Así que se puede tipear y narrar desde la lejanía con exactitud periodística. Con rigurosidad. Con certeza.

Lo que no se puede desde ese termo digital es ver a los hermanos de German Rogelio Aguilera arrojando baldes con agua sobre un auto que no arde desde hace ocho horas, como exorcizando un dolor para el que no tienen palabras. Ni ver a Margarita. “Vivo, mi hijo vivo”, insiste con su último atisbo de voluntad mientras nos alejamos. Pronto vendrá la venganza y otra madre gritará lo mismo.

La mujer que mandó presos a dos  
jefes de la Federal



“La mujer que mandó presos a dos jefes de la Federal” fue publicada en *Rosario 12* el 24 de septiembre de 2020.

Higinio lloraba, hacía pucheros. Por momentos se le quebraba y aflautaba la voz como en medio de un berrinche. ¿Gemir y alargar su relato eran parte de una estrategia judicial? ¿O estaba verdaderamente desbordado? El hombre corpulento de ojos claros y nariz aguileña solo debía responder dos preguntas simples: ¿Qué contenía el bolso que se llevó de la escena del delito sin permiso y sin avisar? ¿Qué hizo con él? Pero habló sin parar como si no tuviera control sobre las palabras. Dijo cosas innecesarias como que, al llegar a su departamento en Santa Fe, se higienizó y antes se quitó lentamente los calzoncillos, dando detalles de una desnudez que ni a los fiscales, ni a los periodistas, ni a los empleados judiciales nos importaba. En medio de ese barullo que le explotaba en la garganta como un tifón, no ahorró súplicas y plegarias ante una jueza inmutable.

Higinio Bellagio había sido hasta hacía cuatro días el subjefe de la policía federal de la provincia de Santa Fe, donde daba órdenes a decenas de hombres y mujeres armados. Pero ahora estaba esposado, sentado en una sala

de audiencias y lloraba como un chico. Saldría de ahí imputado por encubrimiento, entorpecimiento del material probatorio, y alteración de la escena del hecho. Pero hasta el último minuto afirmó en voz alta ser un hombre bueno. Sus argumentos probatorios de tal bondad eran: poseer estudios universitarios, pasarle mensualmente dinero a su mamá jubilada y ser casto.

A propósito de esa castidad perjuró que Roxana González, una oficial de 28 años que era la testigo clave de la causa en su contra, le había propuesto dormir en su departamento la misma noche del tiroteo que lo había llevado al banquillo de los acusados, pero él no se lo permitió. Y explicó por qué en tono militar. Enfático. “Soy un ciudadano de bien, señora jueza”. Y los ciudadanos de bien, según él, no sucumben a ningún encanto. Real o imaginario. Su negativa debió constituir un estoicismo épico ya que se encargó de señalar que la chica en cuestión “se vestía sexy, con pantalones de cuero” y “era seguida por todos los policías como moscas”.

Probablemente intentara, así, descalificar el principal testimonio en su contra y deslizar que la justicia estaba creyendo ciegamente los argumentos... ¿de una cualquiera? Su autodefensa fue profusa y lacrimógena. Pero su exjefe, sentado a dos sillas de la suya, junto a dos abogados, lloraría más.

Mariano Valdés, de 51 años, también tenía sus manos

unidas por el metal. Bajaba la vista para ocultar una mirada furibunda y meneaba la cabeza. La levantaría luego para decir que era víctima de una causa armada. “La noche del 9 de septiembre de 2019 paré a la vera de la autopista Buenos Aires–Rosario porque a la oficial Roxana se le había volcado la yerba del mate, señora jueza, lo hice por ella. No sé por qué esta chica dice todas estas cosas. Yo no discutí con nadie. Se paró una camioneta a la par nuestra. Sus ocupantes quisieron robarnos y empezaron a disparar. Yo no los conocía. No llamé al 911 porque pensé que la bala me había atravesado la vena femoral, temí por mi vida”, alcanzó a decir y rompió en llanto. Como dos chorros furiosos las lágrimas le brotaban sin que él pudiera contener los sobresaltos de su congoja. Decía ser víctima de una ignominia, de una fatal injusticia, de...

—Tome un vaso de agua y trate de calmarse —le sugirió la jueza Marisol Usandizaga.

Valdés lloró, al menos, dos veces más. Un quejido interrumpió su relato cuando contaba cómo lo habían pasado a disponibilidad y lo habían mandado a una cárcel provincial, a él, “un hombre intachable, ejemplar”. Lo decía con bronca, con vehemencia, mascullando las palabras, mientras los secretarios del juzgado de Villa Constitución tecleaban su testimonio. Estaban invadidos por una horda de periodistas que desbordábamos el pequeño edificio con cámaras de televisión, micrófonos y flashes. La balacera a la vera de la autopista había ocurrido en